

# ¡Está



Por **RODRIGO MOTAS TAMAYO, ISMARA PÉREZ OROSCO, ORLANDO NARANJO ESCALONA, ORLANDO FOMBELLIDA CLARO (ACN) y JUAN FARRELL VILLA**

Fotos **RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS**

**P**RIMERO fue un cosquilleo que se sentía por los pies, luego algo más intenso, como el resoplar de una caballería a rienda suelta. La silla donde estaba sentado se movió como hoja. “¡La tierra está temblando!”, gritó la mujer.

Raudos, salimos para el patio. Las paredes de la casa parecían que bailaban sin ritmo. La sensación de vértigo atrapaba nuestros cuerpos, nublaba la vista y nos hacía aferrarnos más a un poste, que también danzaba con nosotros.

Afuera, y en casas aledañas, se vivían instantes similares, acompañados de gritos de niños, ladridos de perros y el nerviosismo de las personas en la calle. “¡Se acaba el mundo!”, sobresalía entre la algarabía de voces.

La mañana del domingo 10 de noviembre, 10:50 ante meridiano, los granmenses vivimos un sismo de seis grados en la escala de Richter que, en escasos segundos, interrumpió la tranquilidad de los habitantes del sur cubano.

Tras el susto, volvimos a los ajetreos. La mujer a sus faenas de la cocina y yo a la limpieza de la laptop con que trabajo. “De seguro vuelve otro”, le comenté para que estuviera preparada, mientras recordaba el sismo de 1992 que, con fuerza mayor, sacudió el territorio oriental.

Una búsqueda rápida en internet muestra que, desde el 17 de octubre último, habían ocurrido mil 417 movimientos telúricos en la zona de Pílon, territorio cercano al epicentro del sismo vivido.

A casi una hora exacta del primero, la tierra volvió a temblar. Desde los pies hacia arriba, se percibía un gorgoteo que se acercaba, aumentaba y se convertía en estampida. Era como si un tren pasara por debajo del suelo. La casa se movía como papel, los objetos se distorsionaban ante la vista y el corazón quería fugarse del pecho.

“¡Se acaba el mundo!”, se escuchaba entre la gritería de la gente que corría hacia y por todos lados, con el miedo en los ojos. La calle se llenó de personas: adultos, mujeres con niños en brazos y hombres asustados, mientras las mascotas nos miraban en silenciosa plegaria.

“Este sí vino duro”, comentaba el vecino. Afuera, el nerviosismo se disfrazaba de palabras obscenas, rogativas y anécdotas personales. Lo cierto es que el segundo temblor de tierra llegó a los 6,7 grados, y sí sacudió fuerte esta parte del oriente cubano.

## A POCOS KILÓMETROS DEL EPICENTRO

Leonela Domenech Guerra, de la comunidad de El Ciruelo, en Pílon, relató que haber vivido el sismo fue una experiencia aterradora: “Me encontraba en un cafetal, detrás de la casa, recogiendo café con mi hija, de pronto escuchamos un estruendo y los vecinos gritando, era el primer sismo”.

Aunque temblorosa, Leonela continuó su labor, tras constatar que la casa no había sufrido daños; pero una hora después, horrorizada, se abrazó con la hija,

al escuchar el estrépito de las vasijas y otras cosas cayendo dentro del hogar.

El saldo fue la pérdida de un closet, de la computadora, parte del techo del baño y la inclinación del resto y el agrietamiento de las paredes. Leonela no volvió a entrar a la casa en todo el día.

“Todos los vecinos estaban frente a El Parador, cafetería que queda al lado de mi vivienda, nos apoyábamos; más tarde preparamos la comida y arreglamos un nailon y un colchón, en el patio, para dormir donde no hubiese peligro”.

La casa de la hija, en la cabecera municipal, fue declarada inhabitable y ha perdido la mayor parte de los bienes, pero Leonela sabe que no está sola. “Los vecinos me han ayudado en la recogida de escombros y sé que el Gobierno no nos va a dejar desamparados”.

Ante la ocurrencia de eventos graves e inesperados, el miedo provoca todo tipo de reacciones.

Yaritza González narró que hubo quienes dijeron que el mar se alejaba. “En ese momento, todos salimos corriendo cuesta arriba, en dirección a las montañas de la comunidad de El Bon, ante la creencia popular de que el terreno del pueblo de

Pílon hace muchos años estaba bajo el mar y..., pues, como es natural, creer que ante un terremoto ocurra un tsunami”.

El pánico se apoderó de Yaritza durante el primer sismo: “Me percaté de que había dejado a mi hija jugar en la calle y salí corriendo”. Durante el segundo sismo, el susto fue peor: “Nos asustamos tanto, que no supimos qué hacer”.

A pesar de las visitas de las comisiones de trabajo a su hogar, la información oportuna por parte de las autoridades y las noticias, Yaritza dijo no sentirse segura, porque las réplicas continúan y muchas son perceptibles.

El joven Cristian Sánchez, residente del consejo popular Sevilla, afirmó que lo reconfortante es el espíritu de solidaridad: “Me percaté cómo las personas, vecinos o no, se daban aliento y se unían, se ayudaban; me hizo tomar conciencia de nuestra propia vulnerabilidad y de lo importante de que, como sociedad, somos dependientes unos de otros”.

Cristian, quien cumple su Servicio Militar en el Centro Mixto Mártires de Sevilla, realizó labores en la institución escolar, cuya infraestructura fue de las más dañadas del consejo popular. Para reiniciar las actividades docentes, se habilitarán tres naves del internado.

“Yo tengo la responsabilidad del manejo de la cuenta de **Facebook** y de un grupo de **WhatsApp**, en los cuales llevamos la información oficial de primera mano para estudiantes y trabajadores, en estos momentos tan difíciles”.

La cubana Marisleidys Núñez Jiménez creía estar “curada de espanto” después de vivir, en el año 2005, la triste experiencia del paso del huracán Denis, cuyos fuertes vientos echaron por tierra su vivienda.

Sin embargo, los sismos del 10 de noviembre fueron peores, declaró en el patio de su casa, la cual edificó con mucho esfuerzo y ahora se encuentra en condición de inhabitabilidad, como consecuencia de los daños.

